

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Jesús Hernández Jaimes

“Los grupos populares y la insurgencia
Una aproximación a la historiografía social”

p. 65-84

*La independencia de México:
temas e interpretaciones recientes*

Alfredo Ávila y Virginia Guedea (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2010

260 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 48)

ISBN 978-970-32-4997-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/479/independencia_temas.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LOS GRUPOS POPULARES Y LA INSURGENCIA UNA APROXIMACIÓN A LA HISTORIOGRAFÍA SOCIAL

Jesús HERNÁNDEZ JAIMES

Introducción

A pesar de la prolífica historiografía sobre la insurgencia e independencia de la Nueva España, la cual comenzó a escribirse desde la época misma de dichos acontecimientos, la interpretación dominante sobre la relación entre las condiciones sociales y el estallido de la guerra en 1810 no experimentó variaciones significativas ni fue motivo de una revisión sistemática hasta fines de la década de 1970. Durante el siglo XIX y la mayor parte del XX en los textos de historia se repitió con ligeras modificaciones el discurso creado por intelectuales insurgentes como Servando Teresa de Mier y Carlos María de Bustamante para justificar la insurrección. Se trataba de una retórica combativa y partidaria cuya estrategia consistía en magnificar e incluso inventar un catálogo de agravios que legitimara la insurgencia e incitara a los novohispanos a sumarse a la lucha. Esta palabrería encontró buena acogida durante la década de 1820 cuando entre una parte considerable de la sociedad imperaba un ambiente francamente hostil a los españoles. Algunos políticos y publicistas encontraron en el discurso antihispánico un medio no sólo para justificar la insurgencia sino también para forjar el sentimiento nacionalista que faltaba en el naciente estado. La independencia se exhibía como un rechazo enérgico al cacareado despotismo y a la crueldad de los españoles que tenían sojuzgada a la Nueva España, pero al mismo tiempo se le concebía como el inicio de una nueva era que se caracterizaría por la desaparición de la larga lista de afrentas atribuidas al régimen español. A esa inmensa retahíla de ultrajes elaborada al fragor de la violencia, también le correspondió un inventario de expectativas de iguales o mayores proporciones. Si la opresión había sido tan grande, la liberación traería beneficios aún mayores. Lo decepcionante fue que el boyante futuro imaginado para el naciente país era en gran medida producto de la exaltación del momento. A la postre, la consecuencia para muchos sectores sociales sería la frustración.



El catálogo de ofensas atribuidas a los españoles durante el periodo virreinal elaborado a lo largo del siglo XIX sólo fue matizado y pulido debido a la necesidad de erigir a la gesta contra los españoles —omitiendo que esta guerra fue librada muchas veces entre los propios novohispanos— como el momento fundacional del estado nacional. Más tarde, ante las sucesivas amenazas de algunas potencias extranjeras, la emancipación del país fue exaltada como una de las conquistas que los mexicanos debían preservar a cualquier costo. En especial porque el sentimiento de pertenencia nacional era poco sólido y se temía, como ocurrió algunas veces, que los mexicanos no asumieran con la convicción y energía suficientes la defensa de la integridad territorial. Esta precaria consistencia del estado mexicano llevó a algunos historiadores y publicistas de la época a promover el enaltecimiento de las hazañas patrióticas y a algunos de sus protagonistas, pero también a remarcar su antítesis, es decir, a los enemigos, reales o supuestos, de la independencia y de la soberanía nacional. Este proceso de construcción de una versión sobre la independencia, que a la postre se convertiría en dominante, alcanzaría su forma más acabada durante la segunda mitad del siglo XIX, luego del triunfo de los liberales, con la aparición de la clásica obra *México a través de los siglos*.¹ Dicha interpretación, un tanto maniquea, sobre las razones de la insurgencia y de la independencia fue la que permeó y se instaló en el discurso e imaginario políticos de la mayoría de los mexicanos.

Como es de suponer, la historiografía desempeñó un papel fundamental en la elaboración del discurso patriótico para explicar la independencia. Aunque no todos los historiadores decimonónicos suscribieron el inventario de las ofensas inflingidas a los novohispanos por los españoles, a la larga fue la percepción que se volvió hegemónica. Y es que difícilmente podría haber sido de otra manera: en una época en que la integridad territorial estaba en riesgo y la fragmentación e incluso disolución del estado nacional eran una amenaza constante ¿qué compromiso era más importante y noble que contribuir a la articulación, preservación y consolidación de la tierna nación? Así razonaban muchos historiadores del siglo XIX. Además, varios de los hombres que escribieron la historia eran a la vez políticos. La historia, pues, tenía que cumplir una función social y política legítima y necesaria. Ésa fue

¹ La obra fue coordinada por Vicente Riva Palacio y consta de cinco volúmenes que aparecieron entre 1884 y 1889; el tercero de ellos, dedicado a la guerra de independencia, fue escrito por Julio Zárate. *Vid. México a través de los siglos: historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*, México, Cumbre, 1956, 5 volúmenes. Existen diversas ediciones realizadas por varias editoriales.

la concepción de la historia que varios historiadores de la primera mitad del siglo XX heredaron y, por consiguiente, no tuvieron reparo en actuar como historiadores orgánicos del régimen postrevolucionario. Así, se tendió un puente historiográfico entre los dos siglos que, aunque sufrió algunas fisuras, no se derrumbó con la conmoción violenta de 1910.

Podría argumentarse que la asociación entre historia y política fue también resultado de la ausencia de una práctica formal y profesional de la historia con pretensiones de objetividad. Empero, llama la atención que los argumentos para explicar la insurgencia no se modificaron con la profesionalización de la historia a partir de la década de 1940, cuando se crearon las primeras instituciones académicas en las que se enseñaba la disciplina de acuerdo a los cánones modernos pretendidamente científicos. Varios de los historiadores formados en estos establecimientos universitarios, a pesar de que afinaron sus herramientas metodológicas y teóricas, básicamente reprodujeron la misma interpretación heredada de los historiadores decimonónicos de la independencia. La leyenda negra española estaba tan arraigada que parecía ocioso indagar sobre el tema, o al menos no surgieron nuevos trabajos de historia que se ocuparan en entender y explicar el contexto social en el cual surgió la insurgencia de 1810.² Sólo hasta la década de 1980 aparecieron los primeros estudios sistemáticos sobre las bases sociales de la insurgencia, sin embargo, se trató de trabajos realizados por extranjeros. Este ensayo tiene por objetivo, precisamente, mostrar la principales tesis de dichos autores y sus aportaciones a la comprensión del proceso en cuestión. No obstante, se tiene la hipótesis de que las investigaciones de estos autores no fueron secundadas por las propias de los historiadores mexicanos, salvo algunas excepciones, aunque la mayoría ha aceptado sus planteamientos. Asimismo, creemos que tales enfoques revisionistas sobre las raíces de la insurgencia no han logrado traspasar el círculo estrictamente académico universitario de los historiadores.

De manera más precisa, el propósito de este trabajo consiste en hacer una revisión de las interpretaciones historiográficas acerca de las raíces o bases sociales de la insurgencia. Se pretende examinar las formas en que la historia social ha abordado la intervención de los grupos populares en

² En 1985 Luis González, uno de los historiadores académicos más conspicuos de la segunda mitad del siglo XX, sostenía, al hablar del Bajío, que las relaciones de dominación eran especialmente duras, lo cual explica por qué “ninguna comunidad como la abajeña fue tan sensible a los malos tratos de los gachupines y tan anhelantes del México independiente”. Así quedó de manifiesto cuando apoyaron primero a Hidalgo y luego el Plan de Iguala. Luis González, *Once ensayos de tema insurgente*, México, El Colegio de México/Gobierno del Estado de Michoacán, 1985.



el movimiento de insurrección: sus móviles, fines e importancia concedida dentro del proceso. Hay que precisar que únicamente nos ocuparemos de la historia social entendida en una de sus acepciones específicas, a saber, como aquella que centra su interés en los grupos populares así como en la evolución de la economía y su incidencia sobre “la estructura y los cambios de la sociedad, y más especialmente sobre la relación entre las clases y los grupos sociales”.³ Esto último debe subrayarse pues, como es sabido, hay otras formas de entender la historia social, además, últimamente han visto la luz importantes trabajos sobre la participación popular, pero desde una perspectiva política y/o cultural. Comenzaré mis comentarios con las interpretaciones de la década de 1960, no sólo porque fue el límite temporal establecido para este proyecto colectivo, sino también porque fue en esos años cuando comenzaron a socializarse, aunque no demasiado, interpretaciones distintas e incluso opuestas a aquélla que se convirtió en hegemónica a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

La convergencia entre la historiografía marxista y la “historia oficial”

La versión maniquea sobre las razones que tuvieron los novohispanos para insurreccionarse contra las autoridades españolas suponía de manera simplista que los agravios sufridos eran generalizados y compartidos por todos los sectores sociales. En este tenor, cuando las condiciones internas y externas convergieron para hacer posible la rebelión armada el sentimiento independentista fue común a todos los habitantes de la Nueva España. Indios y castas liderados por los criollos y algunos mestizos se levantaron, casi al unísono, para conquistar su independencia apetecida desde hacía décadas. Desde esta perspectiva las diferencias sociales pero, sobre todo, los proyectos concretos de cada grupo social quedaban ignorados o por lo menos subsumidos en el objetivo mayor: la independencia. Este consenso sobre la razón única de los rebeldes hacía parecer ociosa una investigación que prestara atención a las razones de cada uno de los sectores sociales. Más aún, buena parte de la historiografía asumía que las masas respondían simplemente a los estímulos de las clases dominantes, por lo tanto, el interés debía centrarse en este último estrato social.

Fue hasta la década de 1960 que los grupos sociales menos favorecidos comenzaron a ser objeto de estudio por los historiadores. Esta

³ Vid. Eric Hobsbawm, *Sobre Historia*, traducción de Jordi Beltrán y Josefina Ruiz, Barcelona, Editorial Crítica/Grijalbo Mondadori, 1998 (1ª edición en inglés 1997). La cita está tomada del capítulo 6, titulado “De la historia social a la historia de la sociedad”, p. 85.

inflexión historiográfica se debió en gran medida a la influencia del pensamiento marxista, el cual le reconocía un papel histórico más dinámico y protagónico a las masas, no sólo como poseedoras de una agenda social y política propia, sino como supuestas forjadoras del porvenir. El influjo de la escuela marxista fue tal que incluso autores que no se reconocían como adeptos de dicho sistema hicieron suyos, al menos en parte, los intereses de investigación de los historiadores marxistas. Pese a lo anterior, la insurgencia de 1810 en México y sus bases sociales no fueron motivo de una revisión concreta a partir de ese marco interpretativo, aunque sí se abordó de pasada en varias obras generales, en especial en aquellas dedicadas a hacer la historia agraria. No obstante, llama la atención que al explicar la participación de los grupos populares en la insurgencia no se puso en entredicho la interpretación tradicional. Se continuó insistiendo en la explotación de que eran objeto los campesinos y artesanos como la causa de la rebelión. Un avance metodológico fue la separación más sistemática que se hizo de los diversos sectores sociales novohispanos y, por consecuencia, de sus intereses disímiles y muchas veces antagónicos.

Con la creciente difusión del marxismo comenzaron a aparecer trabajos para explicar momentos de la historia nacional a partir del modelo de la lucha de clases. Los pioneros de este acercamiento historiográfico fueron también extranjeros, pero del bloque socialista. Desde la década de 1940 aparecieron trabajos de historiadores rusos sobre los procesos emancipatorios de Hispanoamérica, como Vladimir Mikhailovich Miroshvskii, *Los movimientos de liberación en las colonias americanas de España desde su conquista hasta la guerra de independencia (1492-1810)*; así como los del alemán oriental Manfred Kossok de fines de la década de 1950 y principios de 1960. Empero, estas obras no tuvieron impacto en México pues el primero no fue traducido al español y algunos del segundo sólo lo fueron hasta muy tardíamente.⁴ Hasta donde sé, el primer texto sobre la época que nos convoca, producido en el bloque socialista y difundido en México, fue el de M. S. Alpero-

⁴ Vladimir Mikhailovich Miroshvskii, *Los movimientos de liberación en las colonias americanas de España desde su conquista hasta la guerra de independencia (1492-1810)* (en ruso), Moscú-Leningrado, 1946. Este texto nunca fue traducido al español. Manfred Kossok, "Colonial Bürgertum und Revolution: ubre den Charakter der Hispanoamericanischen Unabhängigkeitsbewegung, 1810-1826", *Wissenschaftliche Zeitschrift-Marx-Universität*, núm. 3, 1957-1958. Del mismo Kossok, "Revolution und Bourgeoisie in Lateinamerika Zum Charakter der Lateninamerikanischen Unabhängigkeitsbewegung, 1810-1826", *Zur Geschichte des Kolonialismus und der Nationalen Befreiung*, Berlín, 1961. No tengo noticias de que dichos artículos fueran traducidos y publicados en español, sin embargo sí se tradujeron algunos otros de sus trabajos que abordan el tema, por ejemplo: *La revolución en la historia de América Latina: estudios comparativos*, La Habana, Cuba, Ciencias Sociales, 1989.



vich, *Voina za Niezavimost Meksiki, 1810-1824* (1964), que tradujo al español Adolfo Sánchez Vázquez tres años después y que actualmente casi nadie cita.⁵

Me detendré un poco en la obra de Alperovich no tanto por su influencia en la historiografía mexicana, que de hecho creo que fue poca, sino porque sirve para mostrar que la interpretación marxista de la insurgencia era perfectamente compatible con la historiografía nacionalista con raíces decimonónicas. Además, fue el único trabajo propiamente marxista que se ocupó en explicar la emancipación y la guerra que le precedió, pues los historiadores mexicanos que comulgaban con esta escuela no escribieron un libro que se avocara a ese proceso de manera específica. La exégesis sobre la independencia no significó un cambio sustantivo en la forma de ver la participación de los grupos populares en la independencia. Es más, era perfectamente compatible con el discurso nacionalista vigorizado por la retórica izquierdizante del echeverrismo de la década de 1970, cuando aparecieron trabajos que asumían, casi siempre con un simplismo sorprendente e incluso caricaturesco, algunas de las premisas del marxismo. Hay que insistir en que los historiadores adscritos a esta corriente nunca produjeron una obra sólida sobre la insurgencia. De hecho, cuando abordaron la insurgencia y sus bases sociales, lo hicieron en trabajos más generales como las historias de la cuestión agraria en México aparecidas en la década de 1980.⁶

Alperovich, hace un trabajo interpretativo a partir de fuentes secundarias, sin haber puesto un pie en los archivos.⁷ Su interés se cen-

⁵ M. S. Alperovich, *Historia de la independencia de México, (1810-1824)*, traducción de Adolfo Sánchez Vázquez, México, Editorial Grijalbo, 1967.

⁶ Vid. Carlota Botey Estapé (coord.), *Historia de la cuestión agraria mexicana*, 9 v. México, Centro de Estudios Sobre el Agrarismo/Siglo XXI editores, 1988-1990. En especial se recomienda los dos primeros volúmenes subtitulados: "El siglo de la hacienda, 1800-1900" y "La tierra y el poder, 1800-1900", ambos escritos por Enrique Semo. Otro texto sobre el mismo tópico es el Moisés Santos Carrera y Jesús Álvarez Hernández, *Historia de la cuestión agraria mexicana: Estado de Guerrero: épocas prehispánica y colonial*, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 1988. De acuerdo a estos dos autores los pueblos del sur de Nueva España, en las costas del actual estado de Guerrero, se unieron a la insurgencia porque "luchaban por sus tierras para salir de su miseria y esclavitud, herencia maldita de sus ancestros", p. 168-170. Los enemigos y explotadores de los pueblos eran, por supuesto, los terratenientes. Sin embargo, los autores pasan por alto que quienes encabezaron la insurgencia fueron precisamente algunos de estos terratenientes. Además, por ser un territorio escasamente poblado la tierra no escaseaba. Es obvio que para los autores había que adecuar los procesos históricos al marco teórico que habían decidido utilizar.

⁷ Hay que aclarar, en descargo de Alperovich, que fueron las condiciones políticas de la Unión Soviética las que le impidieron viajar al exterior para realizar estancias de investigación en los archivos mexicanos y españoles. Información proporcionada por el doctor Jaime E. Rodríguez, quien mantuvo comunicación con Alperovich.

tró, como él mismo lo indica, en el estudio de las “premisas, de carácter y aspectos económico-sociales del movimiento de emancipación.”⁸ Uno de los supuestos con que arranca el autor es que “la lucha de los pueblos latinoamericanos contra los colonizadores españoles y portugueses” no fue asunto de una minoría de separatistas criollos, sino que por el contrario, contó con el respaldo de las “masas populares”. Es decir que rebate la caracterización despectiva de Marx, y que luego algunos historiadores soviéticos hicieron suya, según la cual la insurgencia había sido obra de criollos notables como Simón Bolívar, totalmente desvinculados de los grupos populares. Obviamente, exculpa a Marx de tal interpretación, al señalar que “sólo dispuso de fuentes muy tendenciosas sobre esta cuestión”.⁹

El interés y actualidad del tema residía para Alperovich en la consideración de que la emancipación de América Latina era parte del proceso anticolonialista mundial, calificado como una de las “tareas vitales” de la década de 1960. Esta lucha se manifestaba también en las disputas historiográficas sobre las guerras de independencia latinoamericanas. Así, los “enemigos de la libertad, y la independencia de los pueblos”, estaban empeñados en manipular y rehabilitar al colonialismo de otros tiempos. Es decir, que la historia, en cuanto instrumento de control ideológico, en gran medida estaba subordinada también a los intereses del colonialismo histórico. Esta actitud se manifestaba en el empeño de algunos escritores “reaccionarios” y “burgueses” que exaltaban el colonialismo español y contra quienes arremete el autor con singular frenesí.¹⁰ En contrapartida, se apoya en autores “progresistas” como Servando Teresa de Mier, Lorenzo de Zavala y Anastasio Zerecero, del siglo XIX, así como en Agustín Cué Cánovas y Alejandro Favila, del siglo XX, entre muchos otros. La selección obedeció a que todos ellos tenían una visión “correcta” del periodo histórico en cuestión, es decir que, de acuerdo al autor, analizaron “objetivamente el verdadero estado de cosas de la colonia bajo el poder de la monarquía española”.¹¹ Con esta perspectiva, resulta claro que el trabajo de Alperovich era militante en la medida que buscaba combatir en el plano ideológico los embates del colonialismo.

De manera concreta, lo que el autor ruso intenta mostrar es la rudeza del colonialismo español y la justa causa de los rebeldes de 1810 en su lucha por la independencia. Según él, los colonizadores españo-

⁸ M. S. Alperovich, *op. cit.*, p. 7 y 21.

⁹ *Ibid.* p. 8 y 17.

¹⁰ *Ibid.*, p. 9.

¹¹ *Ibid.* p. 77.



les saquearon, exterminaron, avasallaron y explotaron implacablemente a los indios a la vez que los despojaron de sus tierras. Parafraseando a Servando Teresa de Mier afirma que “habría que escribir tomos enteros para enumerar los agravios causados a la población nativa”.¹² Entre los escarnios que enlista Alperovich está el “sistema de esclavitud por deudas que no sólo se practicaba en el campo, sino también en las minas y manufacturas”.¹³ Aunque caracteriza a las relaciones sociales de producción como propias de un “régimen feudal específico”, sostiene que existían “fuertes vestigios de la esclavitud e incluso la explotación puramente esclavista de los negros”. De hecho, con frecuencia describe como esclavistas las relaciones entre trabajadores y patrones, tanto en el ámbito rural como urbano.¹⁴

Sin embargo, continúa Alperovich, los grupos menos favorecidos nunca aceptaron las condiciones de explotación a que estaban sometidos. Por el contrario, mantuvieron una lucha constante contra sus opresores tratando de conseguir su emancipación. Indígenas, campesinos, pobres de la ciudad, todos participaban de alguna manera en una lucha sorda y constante. Incluso, algunos miembros de las clases propietarias compartían este sentimiento contra la metrópoli, pero como “temían a las masas”, se limitaban a conspirar y a realizar acciones aisladas “poco vinculadas con la lucha liberadora del pueblo”. Los indígenas fueron el sector más aguerrido de la lucha liberadora, la cual adoptó en ciertos momentos un “carácter de masas”.¹⁵ Por desgracia, señala el autor, uno de los obstáculos que enfrentaba la lucha de liberación, era la espontaneidad, el aislamiento y falta de plan en las rebeliones. Otro problema eran las barreras tribales y lingüísticas entre los diversos grupos indígenas.

Para fundamentar el pretendido y permanente espíritu emancipatorio, Alperovich enumera las rebeliones populares, incluso las de los indios nómadas del norte novohispano del siglo XVI, y las inserta dentro de un amplio movimiento anticolonial e independentista de muy larga duración que tendría su clímax y desenlace entre 1808 y 1821. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, por razones que el autor no explica, este movimiento por la emancipación se vio incrementado en toda Hispanoamérica. Por consiguiente, el gobierno español implementó una serie de medidas reformistas tendientes a limar el espíritu anticolonial que campeaba en todo el subcontinente. Una de las medi-

¹² *Ibid.* p. 42-43.

¹³ *Ibid.* p. 57

¹⁴ *Ibid.* p. 57, 59, 61, 79 y 88.

¹⁵ *Ibid.* p. 65.

das que Alperovich destaca es la instauración de un ejército profesional, evidencia de que la Corona estaba preocupada por el espíritu anticolonial hispanoamericano al que respondía con esta medida de fuerza. Lo que hay que destacar de esta interpretación, aunque sólo sea por un mero interés de anticuario, es que las reformas borbónicas no generaron el descontento social, sino que fueron una respuesta a éste, si bien también obedecían al deseo de contrarrestar el deplorable estado en que se encontraban las finanzas imperiales.

Uno de los problemas teóricos que emanó de la visión marxista fue que al identificar a las elites blancas, criollas y peninsulares, que radicaban en Nueva España como parte del círculo explotador de los grupos populares, también había que explicar por qué una parte del grupo dirigente se había pronunciado por la independencia y aliado con los sectores marginales. Además, ¿no habría que considerar como abusadores más a los criollos y peninsulares radicados en Nueva España que a los españoles y autoridades de la metrópoli? De ser así, ¿por qué los elementos menos favorecidos se aliarían con sus explotadores en contra de una autoridad tan distante que los laceraba menos que éstos?

Como puede verse, en esta visión persistía la visión teleológica de la independencia, es decir, se le consideraba como un destino inevitable, inherente al desarrollo de las fuerzas productivas y de la historia universal. En ese punto se engarzaba con la historiografía nacionalista, la diferencia radicaba en que ésta ponía el énfasis en la convergencia y armonía de intereses de los grupos populares y las élites novohispanas que hicieran causa común contra los españoles, mientras que la visión marxista resaltaba el conflicto y contradicciones de clase al interior de los grupos novohispanos, aunque reconocía el liderazgo de los grupos privilegiados como necesario, ineluctable y propio de una revolución burguesa, como a veces se calificó al proceso insurgente.

El surgimiento del revisionismo

Para mediados del siglo XX la creencia de que desde su génesis la insurgencia había tenido como propósito la consecución de la independencia, tenía muy pocos objetores. La independencia, se decía, era un reclamo generalizado que unificaba a todos los sectores sociales novohispanos, víctimas del yugo imperial español. Se precisaba, pues, una mirada que no estuviera inmersa en esa pasión nacionalista y el sentimiento antihispánico para que se pudiera generar una concepción diferente. La propuesta alterna vino de los historiadores extranjeros.



Para la década de 1960 surgieron algunas voces disonantes como las de Hugh Hamill, quien afirmó que los indios y otros grupos sociales de las clases bajas, se insurreccionaron más por el deseo de venganza y saqueo que por afanes revolucionarios o independentistas. Así, el movimiento no habría sido más que un gran motín. Esta idea fue asumida y reiterada más tarde por la historiadora norteamericana Nettie Lee Benson.¹⁶ Se trataba, pues, de una interpretación que subestimaba la participación de los grupos novohispanos menos favorecidos, sin embargo, nadaría sin mucho éxito a contrapelo de la versión nacionalista. Edmundo O'Gorman, quien en muchos aspectos de la historia de México adelantó hipótesis que luego serían desarrolladas y sistematizadas por otros historiadores, negó también la intención independentista de la insurgencia encabezada por Hidalgo, quien, según este historiador, “perseguía la libertad sin independencia, a diferencia de Iturbide quien consiguió la independencia, pero sin libertad”.¹⁷

No obstante, el cambio historiográfico significativo y sistemático se hizo evidente hasta la década de 1980, si se le quiere poner una fecha más precisa habría que señalar el año de 1986, cuando aparecieron dos libros que ejercerían una influencia crucial en la forma de hacer y entender la historia social de la insurgencia. Me refiero a los trabajos del norteamericano John Tutino, *From insurrection to revolution in Mexico: social bases of agrarian violence, 1750-1940*, y del británico Brian Hamnett, *Roots of insurgency: Mexican regions, 1750-1824*, ambos traducidos al español en 1990.¹⁸ Hay que apuntar que estos trabajos se iniciaron en la década anterior y que se montaron sobre trabajos previos que habían hecho análisis muy rigurosos de las condiciones y niveles de vida de la población de menores recursos en los años previos a 1810, aunque sin buscar en estos procesos el preludio de la insurgencia. Entre estas obras destacan la del canadiense Claude Morin, *Croissance et disparités sociales dans une économie coloniale: le centre-ouest mexicain au*

¹⁶ Nettie Lee Benson, “Comparison of American Independence Movements”, en *Dos revoluciones: México y los Estados Unidos*, México, El Colegio de México/American Historical Association, 1976, p. 117-127.

¹⁷ Edmundo O'Gorman, “La aparición histórica de la nación mexicana” en *Dos revoluciones: México y los Estados Unidos*, México, El Colegio de México/American Historical Association, 1976, p. 31-41.

¹⁸ John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico: Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1986, en español se tituló *De la insurrección a la revolución en México: las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940*, traducción de Julián Colón, México, Era, 1990. Brian Hamnett, *Roots of Insurgency: Mexican Regions, 1750-1824*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press, 1986, en español se tituló *Raíces de la insurgencia en México: historia regional, 1750-1824*, traducción de Agustín Bárcena, México, FCE, 1990.

XVIII^e siècle de 1974 y traducido al español en 1979; así como el del norteamericano Eric Van Young, *Hacienda and market in eighteenth-century Mexico: the rural economy of the Guadalajara region, 1675-1820*, de 1981 y publicado en español en 1989; así como el del británico David Brading, *Miners and merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810*, que apareció en 1971 y cuatro años más tarde se tradujo al español.¹⁹

Tanto el trabajo de Tutino como el de Hamnett tienen dos características metodológicas significativas: por un lado, el minucioso y extenso trabajo de archivo que realizaron y, por otro, la inserción del tema de la insurgencia y las rebeliones campesinas en México dentro de una discusión historiográfica y teórica más amplia. Si bien este afán por teorizar es mucho más manifiesto en la obra de Tutino que en la de Hamnett, quien desarrolla un argumento más empírico, los dos autores comparten una serie de referentes teóricos que usan en su análisis, los ponen a prueba y discuten con ellos. En concreto, incrustan sus trabajos en discusiones más extensas sobre las rebeliones populares, usando como punto de referencia los trabajos de Eric Wolf, Barrington Moore, Theda Skocpol, Samuel Popkins, James Scott, Jeffrey Pagie, entre otros. Es decir que en sentido estricto tampoco se trata de una ruptura radical con la tradición marxista.

Otra diferencia está dada por la temporalidad que abrazan. El historiador británico se ciñe a explicar, como reza su título, las raíces de la insurgencia iniciada en 1810 y concluida en 1821, aunque para ello inicia su análisis en 1750 y lo detiene en 1824. John Tutino, por su lado, en realidad está más preocupado por explicar las movilizaciones político militares de la “gente pobre” en México a lo largo de casi dos siglos, es decir de 1750 a 1940, no obstante, a la insurgencia que precedió a la independencia le dedica poco más de la mitad del libro.

Ambos autores coinciden en que las raíces o bases de la insurgencia no estuvieron determinadas por las condiciones socioeconómicas de los grupos marginales de la sociedad novohispanas. Empero, concuerdan en que durante la segunda mitad del siglo XVIII ocurrió un

¹⁹ Claude Morin, *Croissance et disparités sociales dans une économie coloniale: le centre-ouest mexicain au XVIII^e siècle*, Paris, École Pratique des Hautes Études, Université de Paris, 1974, en español se tituló *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII: crecimiento y desigualdad en una economía colonial*, traducción de Roberto Gómez Ciriza, México, FCE, 1979. Eric Van Young, *Hacienda and Market in Eighteenth-century Mexico: the Rural Economy of the Guadalajara Region, 1675-1820*, Berkeley, University of California Press, 1981, en español se tituló *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII: la economía rural de la región de Guadalajara, 1675-1820*, traducción de Eduardo L. Suárez, México, FCE, 1989. David Brading, *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press, 1971, en español se tituló *Mineros y comerciantes en el México borbónico, 1763-1810*, traducción de Roberto Gómez Ciriza, México, FCE, 1975.



creciente deterioro general de los niveles de vida de las clases bajas en muchas regiones del virreinato que abonó el terreno para la insurgencia. Cuando esta percepción popular convergió con el reclamo de las clases profesionales por las reducidas oportunidades para acceder a los puestos burocráticos y gubernamentales, se creó una “combinación social potencialmente explosiva”,²⁰ pero, al mismo tiempo, Hamnett nos advierte sobre las dificultades metodológicas para develar las percepciones de las clases populares, no sólo porque rara vez dejaron testimonio directo de ello en los archivos, sino también porque el tema suele abordarse proyectando nociones modernas de lo que se considera justo o no. A pesar de estas limitaciones, el autor deduce que el incremento de los litigios por tierras, uso de agua, pastizales y mano de obra reflejan un deterioro de los estándares de vida. Asimismo, el hecho de que en el fragor de la insurrección el odio se haya enfocado en contra de tenderos, comerciantes, hacendados y funcionarios de gobierno, le permite inferir que existía la percepción popular de que muchos de estos individuos se habían estado beneficiando de su empobrecimiento y de las crisis de subsistencia.²¹

Hamnett y Tutino rechazan de manera contundente las extendidas creencias socializadas por la historiografía nacionalista y aquellas de matriz marxista, de que la insurgencia era una lucha por la independencia. Es decir, niegan que la intención de cada uno de los participantes en el movimiento haya sido romper con la corona española. La insurgencia ni siquiera fue el estadio previo que debía tener su desenlace en la independencia. Aquella visión monolítica y teleológica es fragmentada y policromada por los dos autores, resaltando las diferencias regionales y la multiplicidad de razones e intenciones de aquellos individuos que se unieron a la insurgencia. En oposición a los autores de tendencia marxista, discrepan del supuesto de que toda rebelión o revolución tiene un origen esencialmente económico. De hecho, sostienen que rara vez, o quizá nunca, los factores sociales y económicos han explicado por sí mismos ese tipo de eventos. Una ruptura violenta, señala Hamnett, sólo ocurre “si están presentes otros factores en el nivel político, ya que la insurrección es un acto político”.²²

Los conflictos sociales anteriores a 1810, especialmente los de índole agraria, consideran los autores que de ninguna manera pueden concebirse como antecedentes de la insurgencia de 1810, es más ni siquiera como un presagio. Si bien el incremento de los litigios por tierras, abu-

²⁰ Hamnett, *op. cit.*, p. 13.

²¹ *Ibid.*, p. 14, 43, 46.

²² *Ibid.*, p. 234.

Los hechos sobre los trabajadores de haciendas, obrajes y minas, entre otros, reflejan la descomposición social y la reducción de los niveles de vida durante la segunda mitad del siglo XVIII, también evidencian, por un lado, que el sistema ofrecía los canales para dirimir los conflictos sociales, y por el otro, que las clases menos favorecidas sabían usar en su favor tales instancias. Las rebeliones eran excepcionales y locales, con objetivos bastante acotados, que de ninguna manera cuestionaban “el papel de la corona o de la persona del rey”.²³

Para Hamnett y Tutino, la clave para explicar la insurgencia hay que buscarla en los acontecimientos de 1808-1809. Las crisis de subsistencia y los momentos de fuertes tensiones sociales estuvieron presentes periódicamente a lo largo de todo el periodo virreinal, sin embargo, los levantamientos armados fueron excepcionales y controlados fácilmente. Ninguno se asemejó al ocurrido en 1810. De ahí que los autores sugieran analizar las peculiaridades de la coyuntura de 1808 que no había tenido parangón en el pasado, es decir, la crisis imperial y dinástica, así como el desmoronamiento político del gobierno virreinal con la consiguiente pérdida de control de varias provincias importantes. Por consiguiente, concluyen que los factores explicativos vinculados de manera directa con la insurgencia fueron de naturaleza política más que económica y social. Este carácter político le dio a la carestía y a las tensiones sociales un potencial hasta entonces inédito. Sin ellas, apunta Hamnett, no habría podido aflorar la “situación revolucionaria”. Tampoco se habrían podido “transformar en insurgencia las consecuencias sociales a largo plazo del cambio económico”.²⁴

De acuerdo a la historiografía nacionalista y marxista la independencia era un reclamo generalizado de los novohispanos, especialmente de los grupos más desprotegidos. Por consiguiente, la insurgencia, es decir, la lucha por la independencia, habría sido obra de prácticamente todos los novohispanos. Tutino y Hamnett, al mostrar la heterogeneidad de objetivos de los participantes en la lucha, también pusieron énfasis en el hecho de que la mayor parte de la población no participó en la guerra. Es más, muchos novohispanos, sin ser miembros de la elite, colaboraron activamente en la contrainsurgencia. En consecuencia, al intentar explicar los móviles que llevaron a los sectores populares a rebelarse, los autores se vieron obligados a plantearse la pregunta intrínseca opuesta: ¿por qué muchos otros no se rebelaron en condiciones similares? De nuevo la propuesta explicativa que ofrecen nos remite al ámbito de lo regional, es decir que instan a estudiar las

²³ *Ibid.*, p. 104, 123, 219 y 228.

²⁴ *Ibid.*, p. 129.



condiciones particulares de cada localidad, donde convergen toda una serie de contradicciones sociales, políticas, familiares, religiosas e incluso psicológicas.

La influencia de Tutino en los estudios de historia social sobre los grupos populares ha sido mucho mayor que la de Hamnett, por dos razones: primero, porque hasta la fecha continúa investigando sobre el tema, mientras que Hamnett llevó su interés hacia otros aspectos y periodos de la historia de México; en segundo lugar, porque Tutino hizo una propuesta teórica de mayor alcance y propuso un modelo de análisis que puede ser aplicado al estudio de rebeliones campesinas de diversas épocas y lugares. Aunque los estudios regionales sobre la insurgencia no se multiplicaron en la medida que los autores en cuestión, quizá, habrían deseado, sus aportes y sugerencias historiográficas fueron asumidos por la mayoría de los historiadores que de alguna manera han tocado el tema, aunque sea desde otros enfoques o en estudios generales.

Después de la aparición de los trabajos de Tutino y Hamnett las explicaciones académicas sobre la insurgencia tuvieron que considerar muchas de las propuestas interpretativas de estos autores. En la esfera de la historia social aún surgieron trabajos que seguían poniendo el énfasis en las condiciones socioeconómicas en que vivían los grupos populares para explicar su incorporación a la insurgencia. No obstante, no podían ignorar los planteamientos hechos por los historiadores anglosajones. Por ejemplo, Isabel Olmos Sánchez, en su libro *La sociedad mexicana en vísperas de la independencia (1787-1821)*, reconoce que, aunque la insurgencia tuvo un carácter revolucionario su pretensión original no había sido la consecución de la independencia, la cual finalmente fue realizada por sus propios antagonistas a través de la vía conciliadora plasmada en los Tratados de Iguala y Córdoba.²⁵ Cuando se refiere a las razones que tuvieron los campesinos indígenas — como los llama — para incorporarse a la insurrección, señala que éstos buscaban mejorar su condición social, es decir, que para ellos se trataba de una lucha por la tierra, pero, sobre todo, pelearon por la defensa de su identidad cultural, la cual sufría un proceso de desintegración interna. Por tanto, el problema no era sólo el hambre sino también el rompimiento de las solidaridades comunitarias y el consecuente proceso de proletarianización, debido a los embates del mercado y de la gran propie-

²⁵ Isabel Olmos Sánchez, *La sociedad mexicana en vísperas de la independencia (1787-1821)*, España, Universidad de Murcia, 1989, p. 20-21. Este libro fue presentado originalmente como tesis de doctorado en la Universidad de Murcia, y contó con el asesoramiento en México de Enrique Florescano.

dad, de ahí que muchos estuvieran ávidos de venganza contra los terratenientes dueños de las tierras que trabajaban, aunque otros, dice Olmos Sánchez, sólo vieron en la rebelión una válvula de escape a su habitual situación de ocio y desesperanza.²⁶

El señalamiento de que las condiciones socioeconómicas no eran suficientes para explicar la insurgencia y la propuesta de posar más la atención en la cultura de los diversos sectores sociales motivó en parte el descuido de investigaciones que buscaran establecer la causalidad entre las condiciones socioeconómicas y la insurrección. A ello contribuyó también el aporte hecho desde la historia política, representada muy bien por Jaime E. Rodríguez quien ha insistido en que la clave para entender la insurgencia son los acontecimientos iniciados en España en 1808, es decir, la crisis imperial resultado de la invasión francesa y la ausencia del monarca. Es verdad, reconoce este autor, que desde las reformas borbónicas se tensaron las relaciones entre los novohispanos y la corona, exacerbando los conflictos socioeconómicos ya existentes, sin embargo, estos conflictos abrieron dos opciones políticas para los novohispanos, a saber, la búsqueda de las clases urbanas media y alta de un gobierno propio y la revuelta de la clase baja contra la elite local.²⁷ En ninguno de los dos casos se consideraba la ruptura con España. En otras palabras el malestar de los criollos por la política metropolitana y el deterioro de las condiciones de vida de las clases bajas no tenían por que inducirlos a la búsqueda de la independencia. Fueron los acontecimientos de la península los que abrieron esta opción.

Para la década de 1990 parecía, pues, que las tesis más repetidas del discurso historiográfico sobre las bases sociales de la insurgencia, construido a lo largo del siglo XIX y afianzado durante el XX, habían sido rebatidas con bastante consistencia. Muchos historiadores se mostraron dispuestos a conceder que la independencia no había aparecido como meta en el horizonte político de la mayoría de los iniciadores de la insurrección. Tampoco la indigencia y la mengua de los niveles de vida les resultaban del todo convincentes para explicar la incorporación de un sector de la sociedad a la revuelta. Después de todo la mayoría de la población, buena parte tan pobre o más que los insurrectos, se mantuvo indiferente al conflicto o, incluso, dio muestras de lealtad a la corona en algunos momentos.

En este nuevo panorama historiográfico el enfoque social de la insurgencia comenzó a ser enriquecido, pero también a ser desplazado

²⁶ *Ibid.*, p. 285.

²⁷ Jaime E. Rodríguez, *El proceso de la independencia de México*, México, Instituto Mora, 1992, p. 9 y 19.



por otros, tal como se puede percibir claramente en los trabajos de John Tutino o Eric Van Young, quienes ahora están más cercanos a la historia cultural que a la social y económica.²⁸ Desde mi punto de vista esto obedece en parte a la pérdida de credibilidad de las explicaciones que podríamos considerar materialistas, por llamarlo de alguna manera, y que incluso influyeron a historiadores no marxistas. Aunque ésta es una respuesta demasiado parcial, pues también hay que considerar el avance e incremento normal del conocimiento, producto del trabajo en los archivos que han arrojado más y distinta información, así como la incorporación de nuevas ofertas teóricas.

Sin duda el trabajo más importante sobre la insurgencia, realizado desde una perspectiva cultural, es el de Eric Van Young, cuya edición en inglés es 2001 y la aparición en español de 2006. En la opinión de este historiador, las difíciles condiciones materiales en que pudieran haberse encontrado los novohispanos “fueron causas detonadoras, propiciadoras de los movimientos políticos populares, y no causas primarias; y que en cualquier caso hubieran tenido efectos diferenciados en grupos distintos de la población novohispana”.²⁹ Para Van Young, pues, las condiciones sociales no tuvieron la preeminencia como detonantes de la insurgencia popular, básicamente indígena, que la historiografía nacionalista y marxista les habían reconocido. En contrapartida, afirma que los factores culturales, con grados socialmente diferenciados, primaron sobre los materiales. Así, cuando se refiere a las comunidades indígenas nos señala que

sin importar la causa inmediata, si cogían las armas no era solamente (ni siquiera básicamente) para defender las tierras del pueblo, sino también (y esto resulta aún más importante) para defender la identidad comunal y cierto grado de autonomía política contra las fuerzas corrosivas del orden de finales de la colonia. Para decirlo de otra manera, la redistribución de la propiedad en este caso específico rebasó con mucho la arena económica extendiéndose a un registro efectivo y simbólico en el que los “bienes” preciados que debían recuperarse eran la coherencia y la legitimidad, y sólo de manera secundaria los recursos mismos de subsistencia.³⁰

²⁸ Vid. Eric Van Young, *The Other Rebellion: Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821*, Stanford, California, Stanford University Press, 2001. Una buena síntesis de los argumentos principales de este libro se pueden leer en el debate que el autor sostuvo con Alan Knight en torno de algunas de sus propuestas explicativas en la revista *Historia Mexicana*, v. LIV, núm. 214, octubre-diciembre de 2004, p. 445-573.

²⁹ Eric Van Young *La Otra Rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*, traducción de Rossana Reyes Vega, México, FCE, 2006, p. 164.

³⁰ *Ibid.*, p. 59.

El historiador norteamericano advierte que arribó a esta conclusión mediante la evidencia documental localizada, es decir, que no se trató de la aplicación mecánica y *a priori* de un paradigma epistemológico. En efecto, es sumamente persuasivo cuando exhibe la presencia e importancia de los “bienes” culturales en el menú de reivindicaciones y motivaciones de los pueblos de indios insurgentes, tales como la identidad comunal y étnica, las representaciones en torno al parentesco, la amistad, la religión, la generación y recepción de los rumores, el monarquismo ingenuo, así como las percepciones milenaristas e incluso la curiosidad y la búsqueda de novedades. De hecho, considero que el mayor de los numerosos méritos de este libro consiste en mostrar cómo “la producción cultural o simbólica se incorporó al tejido de la vida ‘normal’ y le dio significado, en vez de ser segregada a un ‘reino cultural’ apartado o enrarecido”.³¹

Sin embargo, su argumento no es contundente cuando pretende convencer de la supremacía de dichos “bienes” culturales sobre los materiales, cualesquiera que éstos hayan sido además de las tierras. La evidencia más importante que ofrece es, por un lado, el hecho de que entre 1810 y 1821 las reivindicaciones materiales, en especial las de tipo agrario, son escasas y por el otro, la ausencia de acciones insurgentes que tendieran a transferir las tierras de manos de los propietarios no indios a las de los indios, aunque también advierte que este tipo de reclamos eran muy comunes antes de 1810 y los fueron también después de 1821. No obstante, como el mismo Van Young sugiere, es probable que el silencio de los archivos judiciales y de los documentos insurgentes pudiera estar indicando únicamente que no hubo registro de conflictos agrarios debido al estado de guerra y no necesariamente su inexistencia. Señala que algunas razones por las que los indígenas rebeldes no llevaron a cabo una afectación de las tierras de los propietarios no indios, o al menos no hay registro de ello, podría deberse a que por lo efímero e inestable de las victorias insurgentes, no hubo tiempo para una implosión del gobierno central como ocurrió en 1911, o a que los líderes no indios se abstuvieron de promover e incluso anularon semejantes pretensiones. Habría que agregar a estas probables razones, el hecho documentado de que en la única región donde los insurgentes tuvieron un control más o menos estable y sostenido por un largo periodo, es decir, las costas del actual estado de Guerrero, los conflictos agrarios no fueron significativos. De hecho fueron casi inexistentes.

³¹ *Ibid.*, p. 69.



Independientemente de la solidez del argumento de Van Young sobre el predominio de los “bienes” culturales sobre los materiales para explicar la insurgencia popular, es evidente que la historiografía sobre el tema se ha visto enriquecida al incorporar al análisis la variable cultural, así como la política, gracias a Hamnett, Tutino y Rodríguez. Sin duda este cambio ha contribuido a comprender mejor el proceso de la insurgencia, aunque ha obligado también a la historia social a revisar sus temas y formas de acercarse a los procesos históricos. De hecho, tal parece que en los últimos años la historia social ha cedido el estudio de la guerra de 1810 a la historia política y cultural principalmente, o por lo menos parece haberse subordinado a ellas. Aunque quizá sólo se trate de una de esas oscilaciones cíclicas que afectan a las tendencias historiográficas.

Comentarios finales

Es probable que la insurgencia y la consecución de la independencia sea el acontecimiento de la historia nacional más significativo en el imaginario de los mexicanos. A través de la retórica nacionalista impulsada por el Estado, pero no sólo por él, se difundió una exégesis sobre la emancipación que legitimaba la existencia misma del estado nacional que imaginaron los hombres del siglo XIX y que terminó por volverse hegemónica. Por consiguiente, modificar esa versión sobre la independencia habría implicado en cierto sentido cuestionar las bases ideológicas e históricas mismas de la nación. Esta visión preponderante, con todos sus héroes y villanos reales o ficticios, se convirtió en un sustrato más o menos pétreo que aplasta y margina interpretaciones alternas.

Muchos historiadores y publicistas decimonónicos contribuyeron activamente a conformar y socializar la interpretación sobre la independencia, según la cual ésta había sido obra de todos los mexicanos en respuesta al insostenible despotismo español. Lo hicieron convencidos de que la consolidación del endeble Estado nacional requería y justificaba semejante soporte ideológico, para sentar las bases afectivas requeridas en los mexicanos que no terminaban de asumirse como tales. Escasos fueron los historiadores del siglo XX que cuestionaron la versión dominante de la insurgencia, no sólo porque el Estado poseía las herramientas para difundir la explicación construida desde el siglo anterior, sino también porque la mayoría de los mexicanos ya no estaban dispuestos a prestar atención a una historia diferente. En este contexto la mayor parte de los historiadores nacionales muy poco hicieron para modificar la imagen idílica y épica del momento fundacional del

Estado mexicano, quizá porque creían que no valía la pena nadar contra corriente, es decir, por que se autocensuraron, o tal vez porque asumían que, después de todo, una sociedad necesita de sus mitos para afianzar la cohesión del cuerpo social, aunque también es probable que algunos de ellos creyeran en la consistencia histórica de dicha interpretación. Así, no sorprende que historiadores respetados y con una formación académica institucional hayan hecho suyos los argumentos repetidos por los protagonistas de las gestas insurgentes.

Lo anterior podría ser una de las claves para entender por qué fueron los historiadores extranjeros quienes impulsaron una historiografía revisionista sobre la insurgencia y la independencia de México. Al ser ajenos a ese discurso histórico apasionado de corte nacionalista podrían, quizá, aventurarse a construir explicaciones que no estuvieran condicionadas por las necesidades ideológicas del estado nacional mexicano. Ello sin olvidar a los pocos historiadores nacionales que plantearon posturas revisionistas antes de que autores como Brian Hamnett, John Tutino y Jaime E. Rodríguez publicaran sus trabajos más importantes. Tampoco deben soslayarse los distintos ritmos del desarrollo del quehacer histórico en México y en los países de origen de los autores que se han ocupado de la insurgencia, ni el acceso desigual a los recursos económicos vitales para la investigación.

En todo caso, el arraigo en los espacios no académicos de la versión hegemónica sobre la insurgencia y la independencia forjada a lo largo de casi dos siglos ha dificultado que las interpretaciones recientes sobre el proceso modifiquen aquella. Es verdad que una de las consecuencias de la institucionalización y profesionalización de la historia ha sido el distanciamiento del saber histórico académico de las percepciones que el grueso de la sociedad posee sobre la independencia. No obstante, también es cierto que existe una resistencia en numerosos sectores sociales a aceptar estas nuevas formas de explicar ese proceso histórico. Para muchos mexicanos resulta muy difícil de asimilar que la insurrección iniciada en 1810 no fue en sentido estricto una guerra por la independencia, y menos que quienes la consumaran fueran los que al principio la combatieran. Tampoco es tarea fácil aceptar que, después de todo, el gobierno español no era tan déspota como Servando Teresa de Mier y Carlos María de Bustamante insistieron y quienes fueron luego secundados por la historiografía dominante que se sigue impulsando desde el sistema educativo básico y los poderosos medios masivos de comunicación, la televisión en especial. En resumidas cuentas habría que preguntarse si la disociación entre la percepción que posee la mayoría de los mexicanos y el discurso historiográfico reciente sobre la insurgencia y la independencia obedece más a que el



Estado sostiene y refuerza a aquélla, que a la profesionalización de la historia. Así, cuando se reclama que los historiadores se vinculen más con los intereses de la sociedad, por lo menos en el asunto de la independencia, podría entenderse que se está exigiendo condescendencia con la sociedad, pero también con el Estado. Lo cual nos remite a la añeja disputa sobre si el compromiso mayor es con la verdad histórica, cualquiera que sea el significado de ésta, o con un proyecto de construcción y desarrollo nacionales. Esto en el supuesto de que no se pueda complacer a ambos.